

Mártires beatificados el 13 de octubre de 2013

*Fr. Raimundo Joaquín Castaño González, O.P.
Fr. José María González Solís, O.P*

La tarde antes de la celebración de estas últimas beatificaciones se hizo una representación teatral del martirio del obispo San Fructuoso y sus diáconos Eulogio y Augurio, en el siglo III en el anfiteatro de Tarragona, según se recoge en el primer documento sobre el martirio de cristianos en España. La conexión de estas beatificaciones con el martirio de los primeros cristianos pone de manifiesto algo importante: es sustancial a la Iglesia recordar y hacer memoria de los mártires, es algo constituyente de su tradición, algo que ha hecho a lo largo de la historia y no puede dejar de hacer en cada época. Precisamente la celebración de Todos los Santos el 1 de noviembre comenzó siendo en su origen una fiesta de los mártires “anónimos”, que no tenían un día señalado para su memoria.

Esta memoria de los mártires es sustancial a la Iglesia, porque en el martirio de los discípulos encuentra una profunda continuidad y comunión con la muerte del mártir por excelencia que es Jesucristo. El martirio es el testimonio vivo del discípulo que anuncia la muerte y proclama la resurrección de Jesucristo. De quien vive y muere con Cristo y como Cristo, para resucitar con él. “Quien pertenece a Cristo –como repetía Edith Stein- tiene que vivir toda la vida de Cristo hasta la cruz”. Por ello, los mártires son los que muestran que la Iglesia sigue el camino de Cristo, camino de la cruz, de la fidelidad y la valentía, del aliento de la gracia que nos sostiene, y el camino del perdón, con el que manifiestan la salvación de Dios para todos, testimonio definitivo de la Iglesia.

Sabemos que la muerte de Jesucristo no fue un hecho aislado y desconexo de lo que fuera su vida. Más bien fue el momento culminante de toda ella. Así es también para la vida y la muerte de sus discípulos. Nuestros hermanos aceptaron, como todo mártir de la historia cristiana, sufrir una muerte violenta antes que ser infieles al testimonio que habían dado durante toda su vida. Es, pues, ante todo a través de la propia vida –vivida hasta el fondo– como el cristiano llega a ser mártir. En este sentido, el martirio nunca se improvisa, sino que madura en las pequeñas fidelidades de cada momento al seguimiento de Jesús.

Esta memoria de los mártires no es simplemente para reparar una injusticia o para rescatarlos del olvido. Su memoria está vinculada al fortalecimiento y a la renovación de nuestra fe. El testimonio y la intercesión de los mártires son una de las principales fuentes para la renovación de nuestra vida cristiana de discípulos. Su reconocimiento y celebración está en relación a la renovación de la Iglesia y de cada uno de nosotros. “Muy bien, lo hemos celebrado –decía el Papa Benedicto XVI- pero ¿mañana, qué? ¿Para qué nos sirve el testimonio de estos mártires?”. ¿Cómo ha renovado nuestra Familia Dominicana la beatificación de 96 hermanos/as nuestros? Nos ha de servir para dar nuevo vigor a nuestra vida, para crear comunión entre nosotros y en la iglesia, para buscar la paz, la reconciliación y el perdón en nuestro pueblo, para acrecentar la compasión con el sufrimiento ajeno, para vivir la santidad que se alcanza en la vida cotidiana, en las pequeñas fidelidades de cada día, y para encontrar nuevos caminos que renueven la predicación de la Orden.

Se trata de renovar la condición de discípulos. Los mártires beatificados no han llevado una vida extraordinaria, sino parecida a la nuestra, viviendo en nuestros mismos espacios, andando por los lugares que a diario nosotros frecuentamos, viviendo en muchos aspectos como nosotros, pero tomándose con toda seriedad el compromiso de ser fieles a Jesucristo y a la predicación de su Evangelio. Nos hablan de una santidad “al alcance de la mano”, indicando que los santos y santas son personas mucho más cercanas a nosotros de lo que creemos. No son perfectos, pero luchan por ser fieles discípulos.

Algunos aspectos de la vida de los nuevos beatos pueden contribuir a renovar nuestra condición de discípulos y predicadores. El P. Castaño destacó por su disponibilidad y su fraternidad de familia dominicana como capellán de las monjas de Quejana. Participó en la restauración de la provincia de Andalucía y se ofreció para ir a la de Portugal. Tenía gran sentido de Orden y de la itinerancia. Sin duda que su forma de vivir la desposesión le fue preparando para el momento culmen de dar la vida. Realizó una amplia labor de traducción, y de investigación y difusión de la figura de Santo Domingo, de quien escribió una biografía de gran valor entonces. Se dice que probablemente hubiera podido salvar su vida si hubiera escapado o se hubiera escondido, pero no quiso abandonar a las monjas. En muchos aspectos imitó a Santo Domingo y seguro que desde el cielo igualmente será una buena ayuda para nuestra familia.

Fr. José María González Solís vivió principalmente en conventos dedicados a la predicación itinerante y finalmente en esta misma comunidad de Atocha. Se une así a los 5 mártires de este convento que han quedado grabados en el medallón conmemorativo a la entrada, con su imagen y su nombre. El P. Solís tenía tareas y servicios comunitarios y provinciales que son imprescindibles pero que tal vez no valoramos como bien se merecen. Son reflejo de quien trabaja y hace el bien desde lo escondido. Pero también él estaba llamado a dar la vida y a vivir el testimonio cristiano hasta el martirio. De él destacan cómo en la prisión siguió ejerciendo el ministerio con los otros presos. Su testimonio nos habla de la fidelidad a los pequeños trabajos y tareas cotidianas y de esa predicación que podemos seguir ejerciendo en contextos y ambientes adversos.

La Iglesia repite que “la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos”. Tiene la función de llamar a otros a la fe y al testimonio. Pero también tiene la función de hacernos nuevos, de renovarnos permanentemente, a quienes la mediocridad o el egoísmo nos va empequeñeciendo y quitando vida y vigor. ¡Qué estos nuevos beatos Raimundo y José María, unidos a los 94 ya beatificados de la Familia Dominicana, nos ayuden a encontrar caminos nuevos de predicación, a ser fieles discípulos y a renovar el compromiso de la fe!

*Fr. Francisco Javier Carballo O.P.
Prior Provincial Prov. de España*